LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

RALPH WALDO EMERSON

Confianza en uno mismo

Texto original en español

LECTURA COMPLETA · Nº 107

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA · LECTURA COMPLETA

RALPH WALDO EMERSON

Confianza en uno mismo

Texto original en español

Confianza en uno mismo, de Ralph Waldo Emerson. Texto original en español. Texto de dominio público.

Transcripción de Wikisource, publicada bajo licencia Dominio público. Esta edición, con su división en capítulos, títulos y resúmenes, se publica bajo la misma licencia.

Edición de La Biblioteca Filosófica. Léela también online, con marcapáginas, en labibliotecafilosofica.com/leer/confianza-en-uno-mismo-emerson/.

Sobre esta obra

«Confía en ti mismo: cada corazón vibra con esa cuerda de acero.» Ralph Waldo Emerson publicó este ensayo en 1841 como un manifiesto de individualismo. Su tesis es que la sociedad conspira contra la originalidad de cada persona: la conformidad, la opinión ajena y la coherencia forzada son los enemigos de la vida auténtica.

Se respeta la ortografía de la edición original, por eso verás «á» como preposición o «ménos» con tilde.

Índice

1. Ralph Waldo Emerson
2. Confianza en uno mismo
3. ¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

01

Ralph Waldo Emerson

Empieza: «»

Publicado: 1841 Fuente: https://en.wikisource.org Traducción: Elejandría Edición original: Essays: First Series

02

Confianza en uno mismo

Empieza: ««Ne te quaesiveris extra.»»

«Ne te quaesiveris extra.»

«El hombre es su propia estrella; y el alma que puede forjar a un hombre cabal y verdadero gobierna toda luz, todo influjo, todo destino; nada le llega tarde ni temprano. Nuestros actos son nuestros ángeles, buenos o malos, las sombras fatales que nos siguen siempre.» Epílogo a La fortuna del hombre honrado, de Beaumont y Fletcher

Arroja al recién nacido sobre las rocas, críalo con la leche de la loba; templado con el halcón y el zorro, que el poder y la velocidad sean sus manos y sus pies.

Un día leí unos versos escritos por un pintor de renombre que eran originales, no convencionales. El alma escucha siempre una amonestación en tales líneas, sea cual sea el asunto. El sentimiento que instilan vale más que cualquier pensamiento que puedan contener. Creer en el propio pensamiento, creer que lo que es verdad para uno en lo más íntimo del corazón es verdad para todos los hombres: eso es el genio. Expresa tu convicción más honda, y se convertirá en el sentir universal; pues lo más interior se convierte con el tiempo en lo más exterior, y nuestro primer pensamiento nos es devuelto por las trompetas del Juicio Final. Por familiar que

sea la voz de la mente para cada uno, el mayor mérito que atribuimos a Moisés, Platón y Milton es que despreciaron los libros y las tradiciones, y dijeron no lo que los hombres pensaban, sino lo que ellos mismos pensaban. Un hombre debería aprender a reconocer y observar ese destello de luz que cruza su mente desde dentro, más que el brillo del firmamento de poetas y sabios. Sin embargo, desecha ese pensamiento sin advertirlo, porque es suyo. En toda obra de genio reconocemos nuestros propios pensamientos rechazados: nos vuelven con cierta majestad ajena. Las grandes obras de arte no tienen para nosotros una lección más reveladora que esta. Nos enseñan a atenernos a nuestra impresión espontánea con inflexible buen humor, precisamente cuando el clamor de todas las voces está del lado contrario. De lo contrario, mañana un desconocido dirá con magistral buen sentido exactamente lo que hemos pensado y sentido todo el tiempo, y nos veremos obligados a recoger con vergüenza nuestra propia opinión de labios ajenos.

Hay un momento en la educación de todo hombre en que llega a la convicción de que la envidia es ignorancia; de que la imitación es un suicidio; de que debe aceptarse a sí mismo, para bien o para mal, como su porción; de que aunque el vasto universo está lleno de bien, ningún grano de trigo nutritivo puede llegarle si no es a través del trabajo que invierta en esa parcela de tierra que le ha sido dada para labrar. El poder que reside en él es nuevo en la naturaleza, y nadie más que él sabe lo que puede hacer, ni lo sabe él mismo hasta haberlo intentado. No en vano un rostro, un carácter, un hecho le causan honda impresión, mientras otro no le causa ninguna. Esta escultura en la memoria no carece de armonía preestablecida. El ojo fue colocado donde debía caer un rayo, para

dar testimonio de ese rayo en particular. Nos expresamos solo a medias y nos avergonzamos de esa idea divina que cada uno de nosotros representa. Puede confiarse en ella sin riesgo, a condición de que sea fielmente transmitida, pues proporcionada es y buenos frutos da; pero Dios no quiere que su obra se manifieste por medio de cobardes. Un hombre se siente aliviado y contento cuando ha puesto el corazón en su trabajo y ha dado lo mejor de sí; pero lo que haya dicho o hecho de otro modo no le dará paz. Es una liberación que no libera. En el intento, su genio lo abandona; ninguna musa lo asiste; ninguna invención, ninguna esperanza.

Confía en ti mismo: todo corazón vibra a esa cuerda de hierro. Acepta el lugar que la divina providencia te ha asignado, la compañía de tus contemporáneos, el encadenamiento de los acontecimientos. Los grandes hombres siempre lo han hecho así, y se han entregado con la confianza de un niño al genio de su época, revelando su certeza de que lo absolutamente digno de confianza moraba en su corazón, actuaba a través de sus manos y predominaba en todo su ser. Y nosotros somos ya hombres, y debemos aceptar con la más alta disposición el mismo destino trascendente; no como menores e inválidos en un rincón protegido, no como cobardes que huyen ante una revolución, sino como guías, redentores y benefactores, obedeciendo al Esfuerzo Omnipotente y avanzando sobre el Caos y las Tinieblas.

¡Qué hermosos oráculos nos ofrece la naturaleza sobre este asunto, en el rostro y el comportamiento de los niños, los bebés e incluso los animales! Esa mente dividida y rebelde, esa desconfianza de un sentimiento porque nuestra aritmética ha calculado la fuerza y los medios opuestos a nuestro propósito: ellos no la tienen. Siendo su mente íntegra, su mirada es todavía invicta, y cuando les miramos

a la cara, nos turbamos. La infancia no se amolda a nadie: todos se amoldan a ella, de modo que un solo bebé pone generalmente en ridiculo a cuatro o cinco adultos que parlotean y juegan a su alrededor. Así también ha armado Dios a la juventud, a la pubertad y a la edad adulta con su propia vivacidad y encanto, y las ha hecho envidiables y graciosas, con unas pretensiones que no han de desestimarse si saben mantenerse por sí mismas. No creas que el joven carece de fuerza por no poder hablarte a ti y a mí. ¡Escucha! En el cuarto de al lado su voz es suficientemente clara y enérgica. Parece saber cómo hablarles a sus contemporáneos. Sea tímido o audaz, sabrá hacernos a los mayores del todo prescindibles.

La desenvoltura de los muchachos que tienen asegurada la cena y desdeñarían tanto como un lord hacer o decir cualquier cosa para congraciarlos es la actitud saludable de la naturaleza humana. Un muchacho en el salón es lo que el patio en el teatro: independiente, irresponsable, mirando desde su rincón a las personas y los hechos que pasan, los juzga y sentencia por sus méritos, a la manera rápida y sumaria de los chicos, como buenos, malos, interesantes, tontos, elocuentes, molestos. No se preocupa jamás de las consecuencias ni de los intereses: emite un veredicto independiente y genuino. Has de cortejarle tú a él; él no te corteja a ti. Pero el hombre está, por así decirlo, encarcelado por su conciencia. En cuanto ha actuado o hablado una vez con brillo, es una persona comprometida, vigilada por la simpatía o el odio de cientos de personas cuyas afecciones han de entrar ya en su cuenta. No hay Leteo para esto. ¡Ah, si pudiera volver a esa neutralidad! Quien logra evitar así todos los compromisos, y habiendo observado, observar de nuevo desde la misma inocencia imperturbable, sin prejuicios, incorruptible, sin miedo, será

siempre formidable. Expresaría opiniones sobre todos los asuntos del momento que, al percibirse como no privadas sino necesarias, se clavarían como dardos en el oído de los hombres y los llenarían de temor.

Estas son las voces que oímos en soledad, pero se debilitan y se vuelven inaudibles en cuanto entramos en el mundo. La sociedad es en todas partes una conjura contra la virilidad de cada uno de sus miembros. La sociedad es una empresa de acciones en la que los socios convienen, para asegurar mejor el pan de cada accionista, en ceder la libertad y la cultura del individuo. La virtud más solicitada es el conformismo. La confianza en uno mismo es su aversión. No ama las realidades ni a los creadores, sino los nombres y las costumbres.

Quien quiera ser hombre tiene que ser inconformista. Quien quiera cosechar palmas inmortales no debe dejarse detener por el nombre de la bondad, sino explorar si es verdaderamente bondad. Nada es sagrado en última instancia salvo la integridad de la propia mente. Absuélvete ante ti mismo y tendrás el sufragio del mundo. Recuerdo una respuesta que siendo muy joven me vi impulsado a dar a un consejero estimado, que solía importunarme con las veneradas doctrinas antiguas de la iglesia. Al decirle yo: «¿Qué tengo yo que ver con la sacralidad de las tradiciones, si vivo completamente desde dentro?», mi amigo sugirió: «Pero esos impulsos pueden venir de abajo, no de arriba.» Yo repliqué: «No me lo parece; pero si soy hijo del Diablo, viviré entonces del Diablo.» Ninguna ley puede ser sagrada para mí salvo la de mi propia naturaleza. El bien y el mal son solo nombres fácilmente transferibles a esto o aquello; lo único recto es lo que va conforme a mi constitución; lo único errado, lo que va contra ella. Un hombre

ha de conducirse ante toda oposición como si todo fuera provisional y efímero salvo él. Me avergüenza pensar con qué facilidad capitulamos ante insignias y nombres, ante grandes sociedades e instituciones muertas. Todo individuo decente y bien hablado me afecta y me subyuga más de lo debido. Debería caminar erguido y vital, y decir la verdad áspera en todo momento. Si la malicia y la vanidad visten el manto de la filantropía, ¿ha de pasar eso? Si un fanático colérico abraza esta generosa causa de la Abolición y viene a mí con sus últimas noticias de Barbados, ¿por qué no decirle: «Ve a querer a tu hijo; quiere a tu leñador; sé afable y modesto; ten esa gracia; y no barnices jamás tu dura e inhumana ambición con esta increíble ternura por la gente negra que está a mil millas de aquí. Tu amor de lejos es rencor de cerca»? Ruda y descortés sería semejante salutación, pero la verdad es más hermosa que la afectación del amor. Tu bondad ha de tener algún filo, de lo contrario no lo es. La doctrina del odio ha de predicarse como contrapeso de la doctrina del amor cuando esta lloriquea y gimotea. Me aparto de padre, madre, esposa y hermano cuando me llama mi genio. Escribiría en los dinteles del umbral: Capricho. Espero que al final sea algo mejor que un capricho, pero no podemos pasar el día dando explicaciones. No esperes que justifique por qué busco o rehúyo la compañía. Y no me digas tampoco, como hoy me ha dicho un hombre bueno, cuál es mi obligación de colocar a todos los pobres en buenas situaciones. ¿Son mis pobres? Te digo, necio filántropo, que lamento el duro, el real, el céntimo que doy a hombres que no me pertenecen y a quienes yo no pertenezco. Hay una clase de personas a las que por toda afinidad espiritual estoy vendido y comprado; por ellas iré a la cárcel si hace falta; pero vuestras caridades populares indiscriminadas, la educación universitaria de los necios, la

construcción de templos para el vano fin al que ahora se destinan tantos, las limosnas a los borrachos y las mil y una Sociedades de Socorro: aunque confieso con vergüenza que a veces sucumbo y doy el duro, es un duro maldito que con el tiempo tendré el valor de retener.

Las virtudes son, en la estimación popular, más la excepción que la regla. Está el hombre y están sus virtudes. Los hombres ejecutan lo que se llama una buena acción, algún rasgo de valor o caridad, del mismo modo que pagarían una multa en expiación de su falta cotidiana de presencia en el desfile. Sus obras son una disculpa o atenuación de su vida en el mundo, como los inválidos y los locos pagan una pensión elevada. Sus virtudes son penitencias. Yo no deseo expiarme, sino vivir. Mi vida es para sí misma y no para el espectáculo. Prefiero que sea de una calidad más modesta, con tal de que sea genuina y constante, a que sea deslumbrante e inestable. Quiero que sea sana y dulce, y que no necesite dietas ni sangrías. Exijo una prueba primaria de que eres hombre, y rechazo esta apelación del hombre a sus acciones. Sé que para mí es indiferente que realice o deje de realizar esas acciones que se tienen por excelentes. No puedo consentir en pagar por un privilegio al que tengo derecho por naturaleza. Pocos y modestos como puedan ser mis dones, yo existo realmente, y no necesito para mi propio convencimiento ni para el de mis semejantes ningún testimonio secundario.

Lo que debo hacer es lo único que me concierne, no lo que piense la gente. Esta norma, igualmente ardua en la vida práctica y en la intelectual, puede servir para trazar toda la diferencia entre la grandeza y la mezquindad. Es más difícil porque siempre encontrarás quienes creen saber mejor que tú cuál es tu deber. Es

fácil en el mundo vivir según la opinión del mundo; es fácil en la soledad vivir según la propia; pero el gran hombre es el que en medio de la muchedumbre conserva con perfecta serenidad la independencia de la soledad.

La objeción a conformarse con usos que ya no significan nada para ti es que dispersan tus fuerzas. Hacen perder el tiempo y difuminan la impresión de tu carácter. Si mantienes una iglesia muerta, contribuyes a una sociedad bíblica muerta, votas con un gran partido ya sea a favor o en contra del gobierno, pones la mesa como un amo de casa ordinario: tras todas esas pantallas me cuesta trabajo reconocer al hombre preciso que eres; y claro está que tanta fuerza se sustrae a tu vida propia. Pero haz tu trabajo y te conoceré. Haz tu trabajo y te reforzarás a ti mismo. Un hombre ha de considerar qué juego de ciegos a la gallina es este del conformismo. Si conozco tu secta, me anticipo a tu argumento. Escucho a un predicador que anuncia como texto y tema la conveniencia de una de las instituciones de su iglesia. ¿No sé de antemano que no puede decir una sola palabra espontánea y nueva? ¿No sé que con toda esa ostentación de examinar los fundamentos de la institución no hará tal cosa? ¿No sé que está comprometido consigo mismo a no mirar más que un lado, el lado permitido, no como hombre sino como párroco? Es un abogado de parte, y esos aires de tribuna son la más vacía afectación. Pues bien, la mayoría de los hombres se han vendado los ojos con uno u otro pañuelo y se han adherido a alguna de estas comunidades de opinión. Este conformismo no los hace falsos en unos pocos particulares, autores de unas pocas mentiras, sino falsos en todos los particulares. Cada verdad que dicen no es del todo verdad. Su dos no es el dos real; su cuatro no es el cuatro real; de modo que

cada palabra que pronuncian nos desazona y no sabemos por dónde empezar a corregirlos. Entretanto, la naturaleza no tarda en vestirnos con el uniforme de presidiario del partido al que nos adherimos. Llegamos a tener un mismo corte de rostro y figura, y vamos adquiriendo poco a poco la más apacible expresión de asno. Hay una experiencia humillante en particular que no deja de reproducirse también en la historia general; me refiero a «la cara de bobo del elogio», la sonrisa forzada que ponemos en una reunión donde no nos sentimos a gusto, en respuesta a una conversación que no nos interesa. Los músculos, movidos no espontáneamente sino por una baja voluntad usurpadora, se tensan en torno al contorno del rostro con la sensación más desagradable.

Por el inconformismo, el mundo te azota con su desagrado. Y por eso un hombre debe saber apreciar en lo que vale una cara agria. Los transeúntes le miran de reojo en la calle o en el salón del amigo. Si esa aversión tuviera su origen en el desprecio y la resistencia, como los suyos, bien podría irse a casa con el semblante triste; pero los rostros agrios de la multitud, igual que sus rostros afables, no tienen causa profunda, sino que se ponen y se quitan según sopla el viento o lo ordena un periódico. Con todo, el descontento de la multitud es más formidable que el del senado y el de la universidad. Es bastante fácil para un hombre firme que conoce el mundo soportar la rabia de las clases cultivadas. Su rabia es decorosa y prudente, pues son tímidas, por ser ellas mismas muy vulnerables. Pero cuando a esa rabia femenina se añade la indignación del pueblo, cuando se despiertan los ignorantes y los pobres, cuando la bruta fuerza sin inteligencia que yace en el fondo de la sociedad empieza a gruñir y a amenazar, se necesita el hábito

de la magnanimidad y la religión para tratarlo con la nobleza que corresponde a una bagatela sin importancia.

El otro terror que nos aparta de la confianza en nosotros mismos es nuestra consistencia; la reverencia por nuestros actos o palabras pasados, porque los ojos de los demás no tienen más datos para calcular nuestra órbita que nuestros actos pasados, y nos resistimos a defraudarlos.

Pero ¿por qué has de seguir mirando por encima del hombro? ¿Por qué arrastrar ese cadáver de tu memoria, no vaya a ser que contradigas algo que hayas afirmado en tal o cual lugar público? Supón que te contradices: ¿y qué? Parece ser una norma de sabiduría no confiar nunca solo en la memoria, casi ni siquiera en actos de pura memoria, sino traer el pasado al juicio del presente de mil ojos y vivir siempre en un día nuevo. En tu metafísica has negado la personalidad a la Divinidad; sin embargo, cuando lleguen las devociones del alma, cede a ellas con todo el corazón y con la vida, aunque le den a Dios forma y color. Abandona tu teoría como José su manto en manos de la ramera, y huye.

Una inconsistencia estúpida es el duende de las mentes pequeñas, venerado por estadistas, filósofos y teólogos de poca monta. Con la consistencia, un alma grande sencillamente no tiene nada que ver. Bien podría preocuparse de su sombra en la pared. Di lo que piensas ahora con palabras contundentes, y mañana di con palabras igualmente contundentes lo que mañana pienses, aunque contradiga todo lo que hayas dicho hoy. «¡Ah, así te aseguras de ser incomprendido!» ¿Es tan malo, entonces, ser incomprendido? Pitágoras fue incomprendido, y Sócrates, y Jesús, y Lutero, y

Copérnico, y Galileo, y Newton, y todo espíritu puro y sabio que tomó carne alguna vez. Ser grande es ser incomprendido.

Supongo que ningún hombre puede violar su propia naturaleza. Todos los arranques de su voluntad quedan redondeados por la ley de su ser, del mismo modo que las desigualdades de los Andes y el Himalaya son insignificantes en la curvatura de la esfera. Ni importa cómo se le mida o se le pruebe. El carácter es como un acróstico o una estrofa alejandrina: léelo hacia adelante, hacia atrás o en diagonal, siempre deletrea lo mismo. En esta placentera y contrita vida del bosque que Dios me permite, déjame registrar día a día mi pensamiento honesto sin prospecto ni retrospecto, y no lo dudo, resultará ser simétrico, aunque yo no lo pretenda ni lo vea. Mi libro debería oler a pinos y resonar con el zumbido de los insectos. La golondrina sobre mi ventana debería entrelazar ese hilo o brizna de paja que lleva en el pico también en mi tejido. Pasamos por lo que somos. El carácter enseña por encima de nuestra voluntad. Los hombres imaginan que comunican su virtud o su vicio solo mediante actos ostensibles, y no advierten que la virtud y el vicio exhalan un aliento en cada momento.

Habrá un acuerdo en cualquier variedad de acciones, siempre que cada una sea honesta y natural en su hora. Pues siendo de una sola voluntad, las acciones serán armoniosas por muy distintas que parezcan. Esas variedades se pierden de vista a poca distancia, a poca altura de pensamiento. Una tendencia las unifica a todas. La travesía del mejor barco es una línea en zigzag de cien bordadas. Mira la línea desde suficiente distancia y se endereza hacia la tendencia media. Tu acción genuina se explicará a sí misma y explicará tus otras acciones genuinas. Tu conformismo no explica nada. Actúa de manera singular, y lo que ya hayas hecho

singularmente te justificará ahora. La grandeza apela al futuro. Si puedo ser hoy lo bastante firme para obrar rectamente y despreciar las miradas, es porque antes he actuado con tanta rectitud que ahora me defendería. Sea como sea, obra rectamente ahora. Desprecia siempre las apariencias y siempre podrás. La fuerza del carácter es acumulativa. Todos los días pasados de virtud transmiten su salud a este. ¿Qué forma la majestad de los héroes del senado y del campo de batalla, que tanto llena la imaginación? La conciencia de un largo rosario de grandes días y victorias a sus espaldas. Proyectan una luz unida sobre el actor que avanza. Lo acompaña como una escolta visible de ángeles. Eso es lo que pone el trueno en la voz de Chatham, la dignidad en el porte de Washington y América en la mirada de Adams. El honor es venerable para nosotros porque no es efímero. Es siempre virtud antigua. Lo veneramos hoy porque no es de hoy. Lo amamos y le rendimos homenaje porque no es un anzuelo para nuestro amor y nuestro homenaje, sino que es autosuficiente, autodependiente y tiene por eso un abolengo antiguo e inmaculado, aun cuando se manifieste en una persona joven.

Espero que en estos días hayamos oído por última vez hablar de conformismo y consistencia. Que esas palabras queden en lo sucesivo en el diccionario de los ridículos. En lugar del gong para la cena, escuchemos un silbido de la flauta espartana. No volvamos a inclinarnos ni a pedir disculpas. Un gran hombre viene a comer a mi casa. No deseo complacerle; deseo que él desee complacerme a mí. Me pondré aquí en nombre de la humanidad, y aunque quiero que sea amable, quiero que sea verdadero. Afrontemos y reprendamos la mediocre lisura y el sórdido conformismo de los tiempos, y arrojemos a la cara de la costumbre, el comercio y el

cargo, el hecho que es el corolario de toda la historia: que hay un gran Pensador y Actor responsable trabajando dondequiera que un hombre trabaja; que un hombre verdadero no pertenece a ningún otro tiempo ni lugar, sino que es el centro de las cosas. Donde él está, allí está la naturaleza. Él os mide a vosotros, a todos los hombres y a todos los acontecimientos. Ordinariamente, todo el mundo en la sociedad nos recuerda a algo distinto o a alguna otra persona. El carácter, la realidad, no te recuerda a nada más; ocupa el lugar de toda la creación. El hombre ha de ser tanto, que ha de hacer indiferentes todas las circunstancias. Todo hombre verdadero es una causa, un país y una época; necesita infinitos espacios, números y tiempo para realizar plenamente su designio; y la posteridad parece seguir sus pasos como un séquito de clientes. Nace un hombre César, y durante siglos tenemos un Imperio Romano. Nace Cristo, y millones de mentes crecen y se adhieren a su genio de tal modo que se le confunde con la virtud y con el potencial del hombre. Una institución es la sombra alargada de un solo hombre: el monaquismo, del eremita Antonio; la Reforma, de Lutero; el cuaquerismo, de Fox; el metodismo, de Wesley; la Abolición, de Clarkson. A Escipión lo llamó Milton «la cima de Roma»; y toda la historia se resuelve muy fácilmente en la biografía de unas pocas personas firmes y apasionadas.

Que un hombre conozca entonces su propio valor y mantenga las cosas bajo sus pies. Que no merodee ni se escabulle ni ande de acá para allá con el aire de un huérfano de caridad, un bastardo o un intruso en el mundo que existe para él. Pero el hombre de la calle, al no encontrar en sí mismo ningún valor que corresponda a la fuerza que levantó una torre o esculpió un dios de mármol, se siente pobre cuando los contempla. Un palacio, una estatua o un

libro costoso le producen un efecto ajeno e intimidatorio, muy parecido al de un elegante carruaje, y parecen decirle: «¿Y tú quién eres, señor?» Y sin embargo, todo eso es suyo; son pretendientes de su atención, peticionarios ante sus facultades para que salgan y tomen posesión. El cuadro aguarda mi veredicto: no ha de mandarme a mí, sino que yo he de establecer sus méritos para el elogio. Esa popular fábula del borracho recogido muerto de bebida en la calle, llevado a casa del duque, lavado, vestido y acostado en la cama ducal, y al despertar tratado con toda ceremonia obsequiosa como si fuera el duque y convencido de que había estado loco, debe su popularidad al hecho de que simboliza tan bien el estado del hombre, que es en el mundo una especie de borracho, pero que de vez en cuando se despierta, ejercita la razón y se descubre un verdadero príncipe.

Nuestra lectura es mendicante y aduladora. En la historia, la imaginación nos engaña. Reino y señorío, poder y patrimonio son un vocabulario más vistoso que el de Juan o Eduardo a secas, en una casa modesta y en el trabajo cotidiano; pero las cosas de la vida son las mismas para ambos; la suma total de los dos es la misma. ¿Por qué toda esa reverencia hacia Alfredo, hacia Scanderbeg, hacia Gustavo? Supon que fueron virtuosos: ¿agotaron acaso la virtud? De tu acto privado de hoy depende una apuesta tan grande como la que siguió sus pasos públicos y célebres. Cuando los hombres privados actúen con ideas originales, el brillo pasará de las acciones de los reyes a las de los hombres comunes.

El mundo ha sido instruido por sus reyes, que así han magnetizado los ojos de las naciones. Ha sido enseñado por este símbolo colosal la reverencia mutua que se deben los hombres entre sí. La alegre lealtad con que los hombres de todas partes han tolerado que el

rey, el noble o el gran propietario camine entre ellos por una ley propia, establezca su propia escala de hombres y cosas, invierta la de ellos, pague los beneficios no con dinero sino con honor y represente la ley en su persona, fue el jeroglífico por el que significaban oscuramente su conciencia de su propio derecho y dignidad, el derecho de todo hombre.

El magnetismo que ejerce toda acción original se explica cuando indagamos la razón de la confianza en uno mismo. ¿Quién es el Depositario? ¿Qué es el Yo primordial, en el que puede fundarse una confianza universal? ¿Cuál es la naturaleza y el poder de esa estrella que desafía la ciencia, sin paralaje, sin elementos calculables, que dispara un rayo de belleza hasta en las acciones triviales e impuras, si en ellas aparece el menor signo de independencia? La indagación nos conduce a esa fuente que es a la vez la esencia del genio, de la virtud y de la vida, y que llamamos Espontaneidad o Instinto. Designamos esta sabiduría primaria como Intuición, mientras que todas las enseñanzas posteriores son instrucciones secundarias. En esa fuerza profunda, el hecho último más allá del cual el análisis no puede ir, todas las cosas encuentran su origen común. Pues el sentido del ser que en las horas tranquilas surge, no sabemos cómo, en el alma, no es distinto de las cosas, del espacio, de la luz, del tiempo, del hombre, sino uno con ellos, y procede evidentemente de la misma fuente de la que proceden también su vida y su ser. Primero participamos de la vida por la que existen las cosas, y después las vemos como apariencias en la naturaleza, y olvidamos que hemos compartido su causa. Aquí está el manantial de la acción y del pensamiento. Aquí están los pulmones de esa inspiración que da sabiduría al hombre y que no puede negarse sin impiedad y ateísmo. Reposamos en el regazo de

una inteligencia inmensa que nos hace receptores de su verdad y órganos de su actividad. Cuando discernimos la justicia, cuando discernimos la verdad, no hacemos nada por nosotros mismos, sino que damos paso a sus rayos. Si preguntamos de dónde viene esto, si tratamos de escudriñar el alma que lo causa, toda filosofía fracasa. Solo podemos afirmar su presencia o su ausencia. Todo hombre distingue entre los actos voluntarios de su mente y sus percepciones involuntarias, y sabe que a sus percepciones involuntarias se les debe una fe perfecta. Puede errar en su expresión, pero sabe que esas cosas son así, como el día y la noche, sin que quepa disputarlas. Mis acciones y adquisiciones voluntarias son mero vagabundeo; la ensoñación más ociosa, la emoción nativa más tenue, reclaman mi curiosidad y mi respeto. Las personas irreflexivas contradicen con igual facilidad la enunciación de las percepciones que la de las opiniones; o más bien, con mayor facilidad, pues no distinguen entre percepción y noción. Creen que yo elijo ver esto o aquello. Pero la percepción no es caprichosa sino fatal. Si veo un rasgo, mis hijos lo verán después de mí, y con el tiempo toda la humanidad, aunque puede ocurrir que nadie lo haya visto antes que yo. Pues mi percepción de ello es tan real como el sol.

Las relaciones del alma con el espíritu divino son tan puras que es profano intentar interponer mediadores. Ha de ser que cuando Dios habla, comunique no una cosa sino todas las cosas; que llene el mundo con su voz; que esparza desde el centro del pensamiento presente la luz, la naturaleza, el tiempo, las almas; y que renueve y recree de nuevo el todo. Siempre que una mente es simple y recibe una sabiduría divina, las cosas viejas pasan: medios, maestros, textos, templos se derrumban; vive ahora y absorbe el pasado y el

futuro en el momento presente. Todas las cosas se hacen sagradas por su relación con ella, una tanto como otra. Todas las cosas se disuelven hasta su centro por su causa, y en el milagro universal los milagros menores y particulares desaparecen. Por lo tanto, si algún hombre pretende conocer y hablar de Dios y te lleva hacia atrás a la fraseología de alguna nación vieja y putrefacta en otro país, en otro mundo, no le creas. ¿Es la bellota mejor que el roble que es su plenitud y consumación? ¿Es el padre mejor que el hijo en quien ha vertido su ser maduro? ¿De dónde viene, entonces, esta adoración del pasado? Los siglos son conspiradores contra la cordura y la autoridad del alma. El tiempo y el espacio son solo colores fisiológicos que fabrica el ojo, pero el alma es luz; donde ella está, es de día; donde estuvo, es de noche; y la historia es una impertinencia y un daño si es algo más que un alegre apólogo o parábola de mi ser y mi devenir.

El hombre es tímido y disculpador; ya no se mantiene erguido; no se atreve a decir «pienso», «soy», sino que cita a algún santo o sabio. Se avergüenza ante la brizna de hierba o la rosa que se abre. Estas rosas bajo mi ventana no hacen referencia a rosas anteriores ni a otras mejores; son lo que son; existen con Dios hoy. El tiempo no existe para ellas. Existe simplemente la rosa; es perfecta en cada momento de su existencia. Antes de que haya brotado el capullo, actúa toda su vida; en la flor plenamente abierta no hay más; en la raíz sin hojas no hay menos. Su naturaleza está satisfecha y satisface a la naturaleza en todos los momentos por igual. Pero el hombre pospone o recuerda; no vive en el presente, sino que, con la vista vuelta hacia atrás, lamenta el pasado o, ajeno a las riquezas que lo rodean, se pone de puntillas para prever el futuro. No puede

ser feliz y fuerte hasta que también él viva con la naturaleza en el presente, por encima del tiempo.

Esto debería ser suficientemente claro. Y sin embargo, ya se ve que grandes inteligencias aún no se atreven a escuchar a Dios en persona, a no ser que hable la fraseología de no sé qué David, Jeremías o Pablo. No siempre pondremos tan alto precio a unos pocos textos, a unas pocas vidas. Somos como niños que repiten de memoria las sentencias de abuelas y preceptores, y, al crecer, las de los hombres de talento y carácter que tienen la suerte de conocer, recordando con esfuerzo las palabras exactas que pronunciaron; más tarde, cuando llegan al punto de vista de los que emitieron esas sentencias, las comprenden y están dispuestos a dejar ir las palabras, pues en cualquier momento podrán usar palabras igualmente buenas cuando llegue la ocasión. Si vivimos verdaderamente, veremos verdaderamente. Es tan fácil para el hombre fuerte ser fuerte como para el débil ser débil. Cuando tengamos una nueva percepción, descargaremos de buen grado la memoria de sus tesoros acumulados como si fueran trastos viejos. Cuando un hombre vive con Dios, su voz será tan dulce como el murmullo del arroyo y el susurro del trigo.

Y ahora, por último, la verdad más alta sobre este asunto queda sin decirse; probablemente no pueda decirse, pues todo lo que decimos es el recuerdo lejano de la intuición. Ese pensamiento, según puedo ahora aproximarme a expresarlo, es este: cuando el bien está cerca de ti, cuando tienes la vida en ti mismo, no es por ningún camino conocido ni acostumbrado; no discernirás las huellas de nadie más; no verás el rostro de ningún hombre; no oirás ningún nombre; el camino, el pensamiento, el bien serán completamente extraños y nuevos. Excluirá el ejemplo y la

experiencia. Recibes el camino del hombre, no para el hombre. Todas las personas que han existido son sus ministros olvidados. El miedo y la esperanza quedan igualmente por debajo de él. Hay algo bajo incluso en la esperanza. En la hora de la visión no hay nada que pueda llamarse gratitud, ni propiamente alegría. El alma elevada sobre la pasión contempla la identidad y la causalidad eterna, percibe la autoexistencia de la Verdad y el Bien, y se serena sabiendo que todo marcha bien. Vastos espacios de la naturaleza, el océano Atlántico, el mar del Sur, largos intervalos de tiempo, años, siglos, no tienen importancia. Esto que pienso y siento subyacía en todo estado anterior de vida y circunstancias, como subyace en mi presente, y en lo que se llama vida y en lo que se llama muerte.

Solo vale la vida, no el haber vivido. El poder cesa en el instante del reposo; reside en el momento de la transición de un estado pasado a uno nuevo, en el salto sobre el abismo, en el lanzarse hacia un objetivo. Este hecho, que el alma deviene, es lo que el mundo odia; pues eso degrada para siempre el pasado, convierte toda riqueza en pobreza, toda reputación en vergüenza, confunde al santo con el bribón y aparta por igual a Jesús y a Judas. ¿Por qué, entonces, hablamos tanto de la confianza en uno mismo? En la medida en que el alma está presente, habrá poder no confiado sino actuante. Hablar de confianza es una pobre manera externa de decirlo. Habla más bien de aquello que confía, porque actúa y es. Quien tiene más obediencia que yo me domina, aunque no levante un dedo. En torno a él he de girar por la gravitación de los espíritus. Creemos que es retórica cuando hablamos de virtud eminente. Aún no vemos que la virtud es Altura, y que un hombre o un grupo de hombres, dúctiles y permeables a los principios, deben por ley

natural sobrepasar y dominar a todas las ciudades, naciones, reyes, ricos, poetas que no lo son.

Este es el hecho último al que llegamos tan pronto en este como en cualquier otro tema: la resolución de todo en el eterno y bienaventurado UNO. La autoexistencia es el atributo de la Causa Suprema, y constituye la medida del bien según el grado en que penetra en todas las formas inferiores. Todas las cosas reales lo son en la medida de la virtud que contienen. El comercio, la labranza, la caza, la pesca de ballenas, la guerra, la elocuencia, el peso personal son algo, y merecen mi respeto como ejemplos de su presencia y su acción impura. Veo la misma ley obrando en la naturaleza para la conservación y el crecimiento. El poder es en la naturaleza la medida esencial del derecho. La naturaleza no tolera nada en sus reinos que no pueda valerse por sí mismo. La génesis y la maduración de un planeta, su equilibrio y su órbita, el árbol torcido que se recobra del viento fuerte, los recursos vitales de todo animal y vegetal son demostraciones del alma autosuficiente y, por tanto, confiada en sí misma.

Así se concentra todo: no divaguemos; sentémonos en casa con la causa. Asombremos y pasemos con la mayor indiferencia ante la chusma entrometida de hombres, libros e instituciones, mediante una simple declaración del hecho divino. Ordenemos a los invasores que se descalcen, pues Dios está aquí dentro. Que nuestra simplicidad los juzgue, y nuestra docilidad a nuestra propia ley demuestre la pobreza de la naturaleza y la fortuna comparadas con nuestras riquezas nativas.

Pero ahora somos una turba. El hombre no reverencia al hombre, ni su genio recibe la advertencia de quedarse en casa, de ponerse

en comunicación con el océano interior; sino que va fuera a mendigar un vaso de agua de las urnas de otros hombres. Debemos ir solos. Me gusta la iglesia silenciosa antes de que comience el oficio, más que cualquier sermón. ¡Qué distantes, qué serenas, qué castas parecen las personas, ceñidas cada una por un recinto o santuario! Que siempre nos sentemos así. ¿Por qué asumir los defectos de nuestro amigo, nuestra esposa, nuestro padre, nuestro hijo, porque se sienten en torno a nuestra chimenea o porque se dice que tienen la misma sangre? Toda la sangre de todos los hombres corre por mí y la mía por todos ellos. No por eso adoptaré su petulancia o su necedad, ni siquiera hasta el punto de avergonzarme de ella. Pero tu aislamiento no debe ser mecánico sino espiritual; es decir, ha de ser elevación. A veces parece que el mundo entero está en conspiración para importunarte con trivialidades enfáticas. El amigo, el cliente, el hijo, la enfermedad, el miedo, la miseria, la caridad llaman a la vez a la puerta de tu cuarto y dicen: «Ven con nosotros.» Pero mantén tu estado; no entres en su confusión. El poder que los hombres tienen para molestarme se lo doy yo con una curiosidad débil. Nadie puede acercarse a mí sino a través de mi propio acto. «Lo que amamos lo tenemos, pero con el deseo nos privamos del amor.»

Si no podemos elevarnos de inmediato a las santidades de la obediencia y la fe, resistamos al menos nuestras tentaciones; entremos en el estado de guerra y despertemos a Thor y a Odín, el valor y la constancia, en nuestros pechos sajones. Esto ha de hacerse en nuestros tiempos apacibles diciendo la verdad. Acaba con esa hospitalidad mentirosa y ese afecto mentiroso. No vivas ya a la expectativa de esas personas engañadas y engañosas con quienes conversas. Diles: oh padre, oh madre, oh esposa, oh

hermano, oh amigo, hasta ahora he vivido con vosotros según las apariencias. De ahora en adelante pertenezco a la verdad. Que se sepa que desde ahora no obedezco ninguna ley inferior a la ley eterna. No tendré más pactos que los de la proximidad. Me esforzaré en cuidar a mis padres, en sostener a mi familia, en ser el esposo fiel de una sola mujer; pero estas relaciones debo cumplirlas de una manera nueva y sin precedentes. Apelo contra vuestras costumbres. Tengo que ser yo mismo. Ya no puedo quebrarme más por ti, ni por ti. Si puedes quererme por lo que soy, seremos más felices. Si no puedes, aun así procuraré merecer que lo seas. No ocultaré mis gustos ni mis aversiones. Confiaré tanto en que lo que es profundo es sagrado, que haré con resolución, bajo el sol y la luna, todo lo que íntimamente me alegre y el corazón dicte. Si eres noble, te amaré; si no lo eres, no te haré daño ni me lo haré a mí mismo con atenciones hipócritas. Si eres veraz, pero no en la misma verdad que yo, ciñete a tus compañeros; yo buscaré los míos. No hago esto de forma egoísta, sino humilde y verdaderamente. Redunda en tu interés, en el mío y en el de todos los hombres, por mucho que hayamos vivido en la mentira, vivir en la verdad. ¿Suena esto duro hoy? Pronto amarás lo que te dicta tu naturaleza tanto como me lo dicta la mía, y si seguimos la verdad, nos llevará a salvo al final. «Pero así harás sufrir a esos amigos.» Sí, pero no puedo vender mi libertad y mi poder para preservar su sensibilidad. Además, todos los hombres tienen sus momentos de razón, en que se asoman a la región de la verdad absoluta; entonces me darán la razón y harán lo mismo.

La gente cree que tu rechazo de los criterios populares es un rechazo de todo criterio, y pura antinomia; y el sensualist atrevido usará el nombre de la filosofía para dorar sus crímenes. Pero la ley

de la conciencia permanece. Hay dos confesionarios, en uno u otro de los cuales debemos absolvernos. Puedes cumplir tu ciclo de deberes absolviendo tu conciencia de manera directa o reflexiva. Considera si has satisfecho tus relaciones con padre, madre, primo, vecino, pueblo, gato y perro; si alguno de ellos puede reprocharte algo. Pero también puedo pasar por alto ese criterio reflexivo y absolverme ante mí mismo. Tengo mis propias exigencias severas y mi propio círculo perfecto. Niega el nombre de deber a muchos oficios que se llaman deberes. Pero si puedo saldar sus deudas, me permite prescindir del código popular. Si alguien piensa que esta ley es laxa, que la cumpla un solo día.

Y en verdad exige algo divino en quien se ha desprendido de los motivos comunes de la humanidad y se ha atrevido a fiarse de sí mismo como amo. ¡Que su corazón sea elevado, firme su voluntad, clara su mirada, para que de veras pueda ser doctrina, sociedad y ley para sí mismo, para que un propósito simple sea para él tan fuerte como la necesidad de hierro lo es para los demás!

Si alguien considera el aspecto actual de lo que se llama por antonomasia la sociedad, verá la necesidad de esta ética. El nervio y el corazón del hombre parecen haberse vaciado, y nos hemos convertido en quejicas tímidos y abatidos. Tenemos miedo de la verdad, miedo de la fortuna, miedo de la muerte y miedo el uno del otro. Nuestra época no produce personas grandes y cabal. Queremos hombres y mujeres que renueven la vida y nuestro estado social, pero vemos que la mayoría de los caracteres son insolventes, no pueden satisfacer sus propias necesidades, tienen una ambición completamente desproporcionada a su fuerza práctica, y mendigan y se apoyan día y noche sin cesar. Nuestro modo de llevar la casa es mendicante; nuestras artes, nuestras

ocupaciones, nuestros matrimonios, nuestra religión: no los hemos elegido nosotros, sino la sociedad por nosotros. Somos soldados de salón. Rehuimos la áspera batalla del destino, donde nace la fuerza.

Si nuestros jóvenes fracasan en sus primeras empresas, pierden toda valentía. Si el joven comerciante quiebra, los hombres dicen que está arruinado. Si el genio más refinado estudia en una de nuestras universidades y no ocupa un cargo en el plazo de un año en las ciudades o suburbios de Boston o Nueva York, parece a sus amigos y a él mismo que tiene razón en desanimarse y quejarse el resto de su vida. Un muchacho robusto de New Hampshire o Vermont, que va probando sucesivamente todas las profesiones, que trabaja de arriero, de labrador, de buhonero, que regenta una escuela, predica, dirige un periódico, va al Congreso, compra un municipio, etc., año tras año, y siempre, como un gato, cae de pie, vale por cien de esos muñecos ciudadanos. Camina a la par de sus días y no siente vergüenza de no «estudiar una carrera», pues no aplaza su vida sino que ya vive. No tiene una sola oportunidad, sino cien. Que un Estoico abra los recursos del hombre y les diga que no son sauces lloradores, sino que pueden y deben desligarse; que con el ejercicio de la confianza en sí mismos aparecerán nuevas fuerzas; que el hombre es el verbo hecho carne, nacido para derramar curación sobre las naciones; que debería avergonzarse de nuestra compasión, y que en el momento en que actúe desde sí mismo, arrojando por la ventana las leyes, los libros, las idolatrías y las costumbres, ya no lo compadecemos, sino que lo agradecemos y lo veneramos; y ese maestro restaurará la vida del hombre a su esplendor y hará su nombre querido en toda la historia.

Es fácil ver que una mayor confianza en uno mismo ha de obrar una revolución en todos los oficios y relaciones de los hombres: en su religión, en su educación, en sus ocupaciones, en sus modos de vida, en sus asociaciones, en su propiedad, en sus visiones especulativas.

1. ¡En qué plegarias se permiten los hombres! Lo que llaman un oficio santo no es siquiera valeroso y viril. La plegaria mira hacia fuera y pide que llegue algún añadido exterior a través de alguna virtud exterior, y se pierde en laberintos interminables de lo natural y lo sobrenatural, lo mediador y lo milagroso. La plegaria que codicia un bien particular, cualquier cosa que sea menos que todo el bien, es viciosa. La plegaria es la contemplación de los hechos de la vida desde el punto de vista más elevado. Es el soliloquio de un alma contemplativa y jubilosa. Es el espíritu de Dios que proclama buenas sus obras. Pero la plegaria como medio para lograr un fin privado es mezquindad y robo. Supone el dualismo y no la unidad en la naturaleza y en la conciencia. En cuanto el hombre se reconcilia con Dios, no mendigará. Verá entonces la plegaria en toda acción. La plegaria del labrador arrodillado en su campo para escardar, la plegaria del remero arrodillado con el golpe del remo, son plegarias verdaderas escuchadas en toda la naturaleza, aunque para fines modestos. Caratach, en La Bonduca de Fletcher, cuando se le exhorta a consultar la voluntad del dios Audate, responde:

«Su sentido oculto yace en nuestros esfuerzos; nuestro valor es nuestro mejor dios.»

Otra clase de plegarias falsas son nuestros pesares. El descontento es la carencia de confianza en uno mismo: es debilidad de voluntad.

Lamenta las calamidades si con ello puedes ayudar al que sufre; si no, atiende tu propio trabajo, y ya el mal empieza a repararse. Nuestra compasión es igualmente rastrera. Acudimos a los que lloran neciamente y nos sentamos a llorar con ellos, en lugar de transmitirles la verdad y la salud mediante sacudidas eléctricas ásperas, poniéndolos de nuevo en comunicación con su propia razón. El secreto de la fortuna es la alegría en nuestras manos. Al hombre que se basta a sí mismo le dan siempre la bienvenida dioses y hombres. Para él se abren de par en par todas las puertas; todas las lenguas lo saludan, todos los honores lo coronan, todos los ojos lo siguen con deseo. Nuestro amor va hacia él y lo abraza, porque él no lo necesitaba. Lo festejamos y celebramos con solicitud y disculpas, porque siguió su camino y despreció nuestra desaprobación. Los dioses lo amaron porque los hombres lo odiaron. «Al mortal perseverante», dijo Zoroastro, «los Inmortales bienaventurados son veloces.»

Como las plegarias de los hombres son una enfermedad de la voluntad, sus credos son una enfermedad del intelecto. Dicen con esos necios israelitas: «Que no nos hable Dios, no sea que muramos. Háblanos tú, háblenos cualquier hombre, y obedeceremos.» En todas partes me veo impedido de encontrar a Dios en mi hermano, porque él ha cerrado las puertas de su propio templo y no recita sino fábulas del Dios de su hermano, o del hermano de su hermano. Toda mente nueva es una nueva clasificación. Si resulta ser una mente de actividad y potencia extraordinarias, un Locke, un Lavoisier, un Hutton, un Bentham, un Fourier, impone su clasificación a los demás hombres, y he ahí un nuevo sistema. En proporción a la profundidad del pensamiento, y en consecuencia al número de objetos que abarca y

pone al alcance del discípulo, es la complacencia de este. Pero esto se manifiesta principalmente en los credos y las iglesias, que son también clasificaciones de alguna mente poderosa que actúa sobre el pensamiento elemental del deber y la relación del hombre con lo Supremo. Tal es el calvinismo, el cuaquerismo, el swedenborgismo. El discípulo toma el mismo placer en subordinar todo a la nueva terminología que una chica que acaba de aprender botánica en ver con ella una tierra nueva y estaciones nuevas. Ocurrirá durante algún tiempo que el discípulo descubra que su poder intelectual ha crecido con el estudio de la mente de su maestro. Pero en todas las mentes desequilibradas, la clasificación se idolatra, pasa por el fin y no por un medio pronto agotable, de modo que las paredes del sistema se funden a sus ojos en el horizonte remoto con las paredes del universo; los astros del cielo parecen colgados del arco que construyó su maestro. No pueden imaginar cómo vosotros, los ajenos, tenéis algún derecho a ver; cómo podéis ver: «Ha de ser de algún modo que nos robasteis la luz.» Aún no perciben que la luz, asistemática e indomable, penetrará en cualquier cabaña, incluso en la suya. Que gorjeen un poco y lo llamen suyo. Si son honestos y obran bien, pronto su pulcro aprisco nuevo será demasiado estrecho y bajo, se agrietará, se inclinará, se pudrirá y desaparecerá, y la luz inmortal, toda joven y jubilosa, de millones de orbes y millones de colores, brillará sobre el universo como en la primera mañana.

2. Es por falta de autocultivo por lo que la superstición de viajar, cuyos ídolos son Italia, Inglaterra y Egipto, retiene su fascinación para todos los americanos cultos. Quienes hicieron venerable en la imaginación a Inglaterra, Italia o Grecia lo hicieron quedándose firmes donde estaban, como el eje de la tierra. En las horas viriles,

sentimos que el deber es nuestro lugar. El alma no es viajera; el hombre sabio se queda en casa, y cuando sus necesidades, sus deberes o cualquier ocasión lo llaman fuera de su casa o a tierras extrañas, sigue estando en casa, y ha de hacer sentir a los hombres por la expresión de su semblante que va como misionero de la sabiduría y la virtud, y visita ciudades y hombres como soberano y no como intruso o lacayo.

No tengo ninguna objeción pueblerina a la circunnavegación del globo, con fines artísticos, de estudio o de beneficencia, siempre que el hombre esté primero arraigado, o que no vaya al extranjero con la esperanza de encontrar algo mayor de lo que conoce. Quien viaja para divertirse, o para obtener algo que no lleva consigo, se aleja de sí mismo y envejece incluso en la juventud entre cosas viejas. En Tebas, en Palmira, su voluntad y su mente se han vuelto viejas y destartaladas como ellas. Lleva ruinas a las ruinas.

Viajar es el paraíso de los necios. Nuestros primeros viajes nos revelan la indiferencia de los lugares. En casa sueño que en Nápoles, en Roma, podré embriagarme de belleza y perder mi tristeza. Hago el equipaje, abrazo a mis amigos, me embarco en el mar, y al fin me despierto en Nápoles, y allí a mi lado está el hecho inexorable, el yo triste, implacable e idéntico del que huí. Busco el Vaticano y los palacios. Finjo embrigarme con vistas y sugerencias, pero no me embriagan. Mi gigante va conmigo adondequiera que voy.

3. Pero el furor de viajar es síntoma de una enfermedad más profunda que afecta a toda la acción intelectual. El intelecto es vagabundo, y nuestro sistema educativo fomenta la inquietud. Nuestra mente viaja cuando nuestros cuerpos se ven forzados a

quedarse en casa. Imitamos; ¿y qué es la imitación sino el viaje de la mente? Nuestras casas se construyen con gusto extranjero; nuestras estanterías se adornan con ornamentos extranjeros; nuestras opiniones, nuestros gustos, nuestras facultades se inclinan y siguen al Pasado y a lo Lejano. El alma creó las artes dondequiera que florecieron. Fue en su propia mente donde el artista buscó su modelo. Fue una aplicación de su propio pensamiento a la tarea que debía realizarse y a las condiciones que debían observarse. ¿Y por qué necesitamos copiar el modelo dórico o el gótico? La belleza, la comodidad, la grandeza del pensamiento y la expresión peculiar están tan cerca de nosotros como de cualquiera; y si el artista americano estudia con esperanza y amor la tarea precisa que le corresponde, teniendo en cuenta el clima, el suelo, la longitud del día, las necesidades del pueblo, el hábito y la forma del gobierno, creará una casa en la que todos estos elementos encontrarán cabida, y el gusto y el sentimiento quedarán también satisfechos.

Insiste en ti mismo; no imites nunca. Tu propio don puedes presentarlo en cada momento con la fuerza acumulada del cultivo de toda una vida; pero del talento adoptado de otro solo tienes una posesión improvisada y a medias. Lo que cada uno puede hacer mejor, nadie más que su Creador puede enseñárselo. Nadie lo sabe todavía, ni puede saberlo, hasta que esa persona lo haya mostrado. ¿Dónde está el maestro que hubiera podido enseñar a Shakespeare? ¿Dónde el maestro que hubiera podido instruir a Franklin, a Washington, a Bacon, a Newton? Todo gran hombre es único. El escipionismo de Escipión es precisamente la parte que no pudo tomar prestada. A Shakespeare no se le creará jamás mediante el estudio de Shakespeare. Haz lo que te ha sido

asignado, y no podrás esperar ni atreverte demasiado. Hay en este momento para ti una expresión tan valiente y grandiosa como la del colosal cincel de Fidias, o el palustre de los egipcios, o la pluma de Moisés o de Dante, pero diferente de todas ellas. De ningún modo querrá el alma, toda rica, toda elocuente, de lengua mil veces hendida, dignarse a repetirse a sí misma; pero si puedes escuchar lo que dicen esos patriarcas, seguramente podrás responderles en el mismo tono de voz, pues el oído y la lengua son dos órganos de una misma naturaleza. Permanece en las regiones simples y nobles de tu vida, obedece a tu corazón, y reproducirás de nuevo el Mundo Primordial.

4. Así como nuestra Religión, nuestra Educación y nuestro Arte miran hacia fuera, también lo hace nuestro espíritu social. Todos los hombres se ufanan de la mejora de la sociedad, y nadie mejora.

La sociedad no avanza. Retrocede tan deprisa por un lado como avanza por el otro. Sufre continuos cambios; es bárbara, es civilizada, es cristianizada, es rica, es científica; pero ese cambio no es una mejora. Por cada cosa que se gana, algo se pierde. La sociedad adquiere nuevas artes y pierde viejos instintos. ¡Qué contraste entre el americano bien vestido, que lee, escribe y piensa, con un reloj, un lápiz y una letra de cambio en el bolsillo, y el neozelandés desnudo, cuya propiedad es un garrote, una lanza, una estera y la vigésima parte indivisa de un cobertizo donde dormir! Pero compara la salud de ambos y verás que el hombre blanco ha perdido su fuerza primigenia. Si el viajero nos lo cuenta fielmente, asesta un hachazo al salvaje y en un día o dos la carne se habrá unido y sanado como si hubieras dado el golpe en brea blanda; el mismo golpe mandaría al blanco a la tumba.

El hombre civilizado ha construido un carruaje, pero ha perdido el uso de los pies. Se apoya en muletas, pero le falta apoyo de músculo. Tiene un fino reloj de Ginebra, pero le falta la habilidad de decir la hora por el sol. Tiene un almanaque náutico de Greenwich y así, seguro de que encontrará la información cuando la necesite, el hombre de la calle no conoce una estrella en el cielo. El solsticio no lo observa; el equinoccio lo conoce igual de poco; y todo el brillante calendario del año no tiene cuadrante en su mente. Sus cuadernos deterioran su memoria; sus bibliotecas sobrecargan su ingenio; la compañía de seguros aumenta el número de accidentes; y puede ser una cuestión si la maquinaria no supone un estorbo; si no hemos perdido con el refinamiento alguna energía, y con un cristianismo atrincherado en establecimientos y formas algún vigor de virtud salvaje. Pues cada estoico era un estoico; pero en la cristiandad, ¿dónde está el cristiano?

No hay más desviación en el patrón moral que en el de la estatura o el volumen. No hay hombres más grandes ahora que los que hubo nunca. Puede observarse una singular igualdad entre los grandes hombres de las primeras y las últimas épocas; y toda la ciencia, el arte, la religión y la filosofía del siglo XIX no han bastado para educar a hombres más grandes que los héroes de Plutarco, de hace tres o cuatro siglos. La raza no progresa en el tiempo. Foción, Sócrates, Anaxágoras, Diógenes son grandes hombres, pero no dejan escuela. El que sea verdaderamente de su clase no será llamado por su nombre, sino que será su propio hombre y, a su vez, fundador de una secta. Las artes y las invenciones de cada período son solo su traje exterior y no vigoriza a los hombres. El perjuicio de la maquinaria mejorada puede compensar su beneficio. Hudson y Bering lograron tanto en sus botes de pesca que asombraron a

Parry y Franklin, cuyo equipo agotó los recursos de la ciencia y el arte. Galileo, con un anteojo, descubrió una serie de fenómenos celestes más espléndida que ningún otro desde entonces. Colón encontró el Nuevo Mundo en un barco sin cubierta. Es curioso ver la periódica inutilización y desaparición de medios y maquinaria que fueron introducidos con grandes alabanzas unos años o siglos antes. El gran genio vuelve al hombre esencial. Consideramos las mejoras en el arte de la guerra entre los triunfos de la ciencia, y sin embargo Napoleón conquistó Europa mediante el vivac, que consistía en recurrir al valor desnudo y desembarazarlo de todos los auxilios. El Emperador lo tenía por imposible hacer un ejército perfecto, dice Las Cases, «sin abolir nuestras armas, almacenes, comisarios y carros, hasta que, a imitación de la costumbre romana, el soldado recibiera su ración de trigo, lo moliera en su molino de mano y cociera él mismo su pan».

La sociedad es una ola. La ola avanza, pero el agua que la compone no avanza. La misma partícula no asciende del valle a la cresta. Su unidad es solo fenomenal. Las personas que forman hoy una nación mueren el año siguiente, y con ellas su experiencia.

Y así la dependencia de la Propiedad, incluida la dependencia de los gobiernos que la protegen, es la carencia de confianza en uno mismo. Los hombres han mirado tanto fuera de sí mismos y hacia las cosas que han llegado a estimar las instituciones religiosas, académicas y civiles como guardianas de la propiedad, y deploran los ataques a estas porque los sienten como ataques a la propiedad. Se miden la estima mutua por lo que cada uno tiene, no por lo que cada uno es. Pero un hombre cultivado acaba por avergonzarse de su propiedad, por un nuevo respeto hacia su propia naturaleza. Sobre todo odia lo que tiene si ve que es accidental; si le ha llegado

por herencia, donación o crimen, entonces siente que no es posesión suya; que no le pertenece, que no tiene raíces en él, y que simplemente está ahí porque ninguna revolución ni ningún ladrón se lo ha llevado. Pero lo que un hombre es, lo adquiere siempre por necesidad, y lo que el hombre adquiere es propiedad viva que no espera el gesto de gobernantes, turbas, revoluciones, fuego, tormenta o quiebras, sino que se renueva perpetuamente dondequiera que el hombre respire. «Tu suerte o porción de vida», dijo el califa Alí, «te busca a ti; descansa, pues, de buscarla.» Nuestra dependencia de esos bienes exteriores nos lleva a nuestra servil reverencia por los números. Los partidos políticos se reúnen en numerosas convenciones; cuanto mayor es la concurrencia y con cada nuevo estruendo de proclama —¡la delegación de Essex!, ¡los demócratas de New Hampshire!, ¡los whigs de Maine!—, el joven patriota se siente más fuerte que antes por un nuevo millar de ojos y brazos. Del mismo modo los reformadores convocan convenciones y votan y aprueban en multitud. ¡No así, oh amigos!, querrá el Dios dignarse a entrar en vosotros y morar en vosotros; sino por un método precisamente inverso. Solo cuando un hombre se desprende de todo apoyo exterior y se mantiene solo, lo veo ser fuerte y prevalecer. Es más débil con cada recluta a su bandera. ¿No es un hombre mejor que una ciudad? No pidas nada a los hombres, y en la interminable mutación, la columna firme que eres tú solo deberá aparecer pronto como el sustentador de todo lo que te rodea. El que sabe que el poder es innato, que es débil porque ha buscado el bien fuera de sí y en otro lugar, y al percibirlo así se lanza sin vacilación sobre su propio pensamiento, se endereza al instante, se yergue en posición vertical, manda sobre sus miembros, obra milagros; del mismo modo que un hombre que se

mantiene sobre sus pies es más fuerte que un hombre que se mantiene sobre la cabeza.

Así que sirve de todo lo que se llama Fortuna. La mayoría de los hombres juegan con ella y ganan todo y pierden todo, a medida que gira su rueda. Pero tú abandona como ilícitas esas ganancias y trata con la Causa y el Efecto, los cancilleres de Dios. Con la Voluntad trabaja y adquiere, y habrás encadenado la rueda del Azar y podrás sentarte en adelante sin temor a sus rotaciones. Una victoria política, un aumento de las rentas, la recuperación de tu enfermo, el regreso de tu amigo ausente, o algún otro acontecimiento favorable levanta tu ánimo y crees que se preparan para ti días buenos. No lo creas. Nada puede traerte la paz salvo tú mismo. Nada puede traerte la paz salvo el triunfo de los principios.

0 3

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Empieza: «»

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

Sigue leyendo

Encontrarás el análisis de la obra, otras lecturas de Ralph Waldo Emerson y más libros completos gratis en labibliotecafilosofica.com.

Biblioteca de libros gratis ↗
Una ruta para empezar en filosofía ↗